

EL ÁLAMO TORTURADO

Francisco Miguel Cubero Lorón



Capítulo 1

El álamo torturado

Ricardo y Almudena, con 17 y 16 años respectivamente, estaban felices. Ya no lo podían ser más porque acababan de darse su amor para siempre. Y para celebrarlo, lo llenaron a rebosar de besos fabricados en esa etapa de transición entre la pubertad y la juventud, como de tanteo para esa nueva tarea que se aprende enseguida, impulsada por la pasión y por saberse queridos mutuamente.

A diferencia de sus amigos del colegio, ellos, no tenían experiencia previa en estas cosas, de modo que eran el blanco de las bromas por parte de sus compañeros de clase que alardeaban de sabérselas todas, si no en lo de amar y ser amado, sí, al menos, en lo de los besos abarrotados de deseo y en lo de las caricias urgentes bajo la ropa de sus parejas, quienes rotaban con rapidez supeditadas a la ley de la oferta y la demanda.

Ricardo sólo esperaba que sonara el timbre para indicarle que la última clase del día se había acabado y salir disparado a la búsqueda de Almudena, un curso por detrás del suyo, quien lo esperaría en la puerta del colegio.

Naturalmente, en un mundo de jóvenes donde los compromisos sinceros estaban tan mal valorados, Ricardo y Almudena tenían que ocultar ese amor repentino y primerizo que ambos sentían. Sobre todo, él, porque sus compañeros eran crueles cuando descubrían a algún pingaio enamorado que ya no podría caer más bajo: cambiar a los amigos por un tía, y estar en la inopia por ella.

Y vendrían las preguntas inquisitoriales: "Pero... ¿te las has tirado ya, tontolaba...? Joder, tío, que hay muchas y perderás puntuación en su ranking cuando se den cuenta de que eres un blando que se aferra a la primera que le hace caso como si tuvieras miedo de no encontrar a ninguna más, porque eso lo interpretan como inseguridad, ¿no te das cuenta, pasmao...?", que seguro le reprocharían los que le sacaban varios cuerpos de ventaja en esto de cómo tratar a las mujeres.

Ricardo..., nunca había sido de esos, ni se había reído de otros, ni fumaba o compartía porros porque sabía que no era saludable su consumo. A los botellones iba a la fuerza porque no se atrevía a decir que no y evitaba beber sino lo justo para parecer que era uno más entre ellos.

Jorge, el chulico y guaperas por antonomasia de su curso, le tomaba mucho el pelo gastándole bromas para ver si conseguía hacer de él, un hombre al que las chicas respetaran y, a la vez, como si fuera de su propiedad, lo defendía cuando algún compañero trataba de hacerle daño con puyas malintencionadas. Jorge, lo apreciaba mucho. Habían ido juntos ya desde la guardería y sabía que Ricardo era distinto, cumpliendo siempre con las normas que padres y profesores le iban indicando "por su bien". Así de sencillo era para Ricardo el aceptarlas, por lo que no sentía necesidad ninguna de saltárselas. La otra cara de la moneda era su amigo, quien no permitía que nada limitara las cosas que le apeteciera hacer. Así que éste había nacido para ser el líder al que todos seguirían, admirándolo por su osadía.

Y a pesar de la disparidad entre ambas formas de ser, continuaron siendo amigos siempre, pero caminando en paralelo cada uno por su vía. Ricardo, a diferencia de los demás compañeros, no le admiraba por ello. Ni sentía que fuera su líder porque él no necesitaba líderes a los que seguir. Él, siempre había sido su propio jefe, manteniendo sus criterios sin enfrentarse a nadie, aunque a veces tuviera que simular que hacía lo mismo que los demás, pero sin dejar de ser él mismo. Tampoco sentía necesidad de imponer a otros sus propios criterios porque no sabía si serían, de verdad, los correctos.

Y Jorge, cuando tenía una duda, o un problema de los que con sólo su osadía no podía resolver, consultaba con su amigo. Le atraía la capacidad de Ricardo para ser diferente, sin necesitar hacérselo saber a todos los demás. Si se hubieran podido sumar los valores de ambos..., saldría casi que el hombre perfecto.

Exitoso con las compañeras de clase, Jorge se sabía que era un poco bocazas, poco reflexivo a veces, pero con una inteligencia natural que aunque no le servía para comprender el pensamiento abstracto, sí le servía, y mucho, para lo concreto.

Ricardo era un analista puro, nada daba por bueno sin haber sopesado las partes débiles de una teoría, de un razonamiento y, eso, se interpretaba en demasiadas ocasiones con una mente sin certezas y sumida siempre en la duda. Quizás su problema era que todos intuían que era mucho más inteligente que ellos y no todos eran capaces de aceptarlo, quienes se refugiaban en la manada liderada por Jorge, para compensar sus carencias individuales.

El punto más débil de Ricardo era su ineludible empatía con los débiles, con los nuevos, con los aislados que no querían estarlo, o con los gordos a los que nadie integraba. Y otro punto, aunque no tan débil..., las chicas que no sentían necesidad de disfrazarse de falsas tigresas mediante un

vocabulario plagado de tacos con los que "intimidar" a los chicos, a la vez que los emulaban en lo malo, para que vieran que eran sus pares mientras seguían intentando llamar su atención sobresaliendo así de entre las demás, aprovechando que los tíos tenían en sobreoferta la testosterona.

Así, que de entre ésas que les daba cosa destacar interpretando unos papeles que no les iban, no tardando mucho descubrió a Almudena, que sentada en unas escaleras del patio del recreo, leía un libro que la tenía apartada de los otras compañeras que jugaban al fútbol, vacilaban con chicos, o formaban corros para hablar seguramente de cosas banales. De modo que Ricardo, sin duda ni afectación, se fue a unirse a esa joven que sólo conocía de vista. Ya tenía en común con ella, lo de ser dos lobeznos solitarios.

"Hola... ¿qué lees?", dijo Ricardo. Ella, se quedó con la vista fija en el libro sin leer, temiendo que algunos de esos chicos con la sonrisa torcida y un colmillo de oro, se le hubiera acercado con ánimo depredador.

Levantó la vista y se encontró con él. Sólo sabía que era "él", y que iba a un curso por delante, además de que no pertenecía tampoco a ninguna de las sectas del patio. Otro outsider, aunque muchas veces se le viera en compañía de Jorge, jefe de uno de los clanes con territorio propio. Le sonrió relajada porque no era uno de esos guapos con permiso para matar.

"El libro de los Seres Imaginarios", de Jorge L...", quedando inacabada la frase porque la continuó Ricardo.

"Jorge Luis Borges. Sí, lo he leído"

"¿Lo has leído...? Yo lo saqué el otro día de la biblioteca. ¿Tú, también?", se extrañó ella, como si fuera impropio que ambos pudieran tener gustos literarios similares. Visto desde abajo, le parecía ahora más guapo y más alto. Y si no más guapo..., sí con un algo diferenciador.

"Sí, también. En la clase de literatura nos hablaron un día de este autor del que no había leído nada, y me apeteció conocer algo de su obra. Había otro libro suyo también, titulado "El Aleph". Pero al ojearlos uno y otro, me pareció éste que estás leyendo..., como más fantástico. Bueno, en realidad es así, porque sólo habla de seres fantásticos inexistentes. Mitología pura, ¿no? Pero resulta mágico pensar que sí podrían haber existido físicamente y no sólo en la mente de los antiguos humanos. Qué se le va a hacer: la evolución, que no tiró por esos caminos", dijo sonriendo Ricardo para que viera que únicamente ironizaba.

"Sí, es verdad. A mí, es que me tienen atrapada cada uno de esos seres que va detallando en sus hazañas, sus poderes, sus logros..., o sus

maldades, que de todo sale. Bueno, eso tú ya lo sabes..., Ricardo", pronunciando su nombre para que supiera que, él, no le era desconocido.

"Así que..., "Ricardo"... ¿Y cómo sabes que me llamo así? Por cierto, yo... no sé cómo te llamas, lo siento".

"Pues porque las chicas somos muy cotillas. O eso se dice de nosotras. Yo me llamo, Almudena, como la Virgen famosa ésa. O, "ciudadela", que es lo que significa en árabe. Mis padres me lo pusieron cuando se enteraron de eso último. Por la Virgen no, que no creen en nada. Dicen. Pero mi abuela se alegró mucho porque ella es muy de vírgenes y santos", terminó la chica.

"Pues nada, Ciudadela-por-respeto-a-tus-padres, encantado de conocerte..., yo, a ti. Casi mejor... que por respeto a tu abuela, en adelante te diga Almudena. Pero es original lo de "Pequeña Ciudad" en tu nombre moro. ¿Siempre te pones a leer por aquí, o también haces cosas normales?", le dijo Ricardo, riendo.

"Oye..., tonto..., que leer es una cosa normal. Y sí, otras veces hago cosas más..., hago otras cosas. Pero como empecé el libro y me tiene enganchada, pues llevo dos días sentada aquí, dos sólo, intentando conocer a esta cuadrilla de personajes frikies que va describiendo Borges. Es todo pura fantasía. Igual cuando lo acabe, me cojo ése otro que me has dicho tú", dijo mimosa, Almudena, porque le estaba gustando que se metiera así, con ella.

"¿"El Aleph"?", se aseguró Ricardo.

"Sí, ése. Si me gusta, ya te lo diré, por si lo quieres leer tú también"

"Si te gusta, seguro que me gustará igualmente. Creo que nos parecemos bastante tú y yo, aunque no en el físico, afortunadamente". Y Ricardo, volvió a reír a costa de su propia gracieta. De imprevisto, sonó el timbre como que se había acabado el recreo, que les resultó mucho más molesto, apresurado, e inoportuno, que de costumbre.

"¿Qué haces luego, a la salida?", le preguntó Ricardo cuando ya se dirigían hacia el edificio donde estaban sus clases.

"Nada especial, me iré para mi casa. Unas veces, voy con alguna compañera que vive cerca de mí y, otras veces, sola. ¿Porqué me lo preguntas?", respondió con un latir algo más acelerado de su corazón de Ciudadela.

"Porque si quieres, te acompaño hasta tu casa y hablamos un poco más de las cosas que nos gustan, aparte de lo de leer libros. Bueno, si quieres y no tienes compromiso con esa compañera que me has dicho", se medio

excusó el chico.

"Por mí, sí, pero... todos los días veo que te vas con tus amigos que, por cierto, son unos gambas de mucho cuidado. Tú..., desentonas un poquillo con ellos, ¿no? Es que a ti, se te ve de otra manera. No creo que ellos sean de leer muchos libros, no. Bueno, lo que te apetezca. A mí, me parecerá bien si me acompañas. Es la primera vez que un chico me pide una cosa así. Son más burros...", contestó Almudena.

"Bueno, pues como yo no lo soy tanto..., nos esperamos a la salida, y ya les meteré una trola a estos porque como se enteren, son capaces de venir en cuadrilla detrás de nosotros, jodiéndonos con sus bromas porque, sí, son un poco cafres. Buena gente, pero cafres. No dan más de sí", dijo excusándoles. Y al decir esto, puso las manos juntas como implorándole que tuviera paciencia si algo semejante ocurría.

A la salida, se esperaron dejando que se fueran yendo todos los compañeros y, ya, cuando no corrían el peligro de ser vistos juntos, Ricardo acompañó a Almudena en su recorrido. Atravesaron un parque en el que se veía a madres con niños jugando, y a personas mayores que se solazaban charlando entre ellos sentados en los bancos. Iban paseando ahora, escoltados en su marcha por una fila de grandes y plateados álamos, sobre cuya piel aparecían dibujados o, más bien, desdibujados ya por el paso del tiempo, anotaciones de amores, de promesas, de corazones asaeteados y nombres unidos con promesas de amores que no acabarían.

"Mira éste", le indicó Almudena, parándose ante uno de ellos que era el más alto y grueso de todos. La parte baja, se encontraba repleta de fechas, de nombres apenas reconocibles porque las cicatrices del amor, habían desaparecido y sólo quedaba una bruma en la corteza de lo que alguien, quizás a punta de navaja, había escrito en 1990. El día y el mes, irreconocibles, ya eran sólo una mancha.

Almudena, fue recorriendo con sus dedos todas las cicatrices apelotonadas, siguiendo sus contornos como para percibir qué podría quedar en la realidad de todos aquellos textos plagados de antiguas y buenas intenciones, de mucho antes de que ellos dos hubieran nacido. El año 1990, lo veían ellos..., como la prehistoria.

"¿Sabes...?, ya casi me sé de memoria las fechas, los nombres, los piropos..., y hasta los insultos que cada uno de estos álamos tienen grabados en la piel, porque cada día me paro a mirarlos e imagino siempre quién, en alguno de estos árboles que sacrifican su piel lisa por el amor de otros, escribirá algún día mi nombre porque sienta que me quiere. O al menos que me quiera en el momento de grabarlo, no sé si indoloro para estos gigantes", dijo Almudena elevando la mano hasta donde su brazo daba de sí, repasando con las yemas de sus dedos sobre

los jeroglíficos resecos.

"Me gusta Almudena: es..., romántica", pensaba Ricardo al escuchar su hablar como recitando un poema de acertado ritmo.

"Pues..., es que grabar un corazón y unos nombres, es muy sencillo, así que aunque se haga con toda la sinceridad del mundo, luego los sentimientos cambian y la chica que ayer te gustaba, hoy sale otra que te llama más la atención. Os pasará algo parecido a vosotras, imagino. Bueno, yo no tengo experiencia en haber vivido cosas así, pero sí en sentirlas. Con ocho años, ya tuve lo que creí que era una novia, aunque ella nunca lo supo. Y me ha pasado más veces. Pero lo que está claro es que en algún momento, hay alguien que no pasa de largo por tu vida, y si a esa persona le ocurre lo mismo contigo, se convierte para ambos en "un amor verdadero". O, quizás, en "el amor verdadero".

En las novelas que he leído, y que me sirven para imaginar mi futuro si es que no soy tan raro como creen mis amigos, siempre alguno de los protagonistas encuentra a la persona que va a amar para siempre. O eso sienten en ese instante. La vida es larga y, por lo que leo, no tan simple como la vemos nosotros. Quizás es que los que escriben son viejos, y sus sentires cambian con el tiempo. Pero seguro que cuando tuvieran nuestra edad, se parecerían a nosotros, ¿no crees?", dijo Ricardo.

"No sé. A mis padres y a mis abuelos..., no me los imagino de jóvenes haciendo las cosas que hacemos nosotros o las de los jóvenes en general, aunque sí haya visto sus fotos de esa edad, algunas en blanco y negro, que no serían los colores de sus vidas. No creo que tuvieran nuestros mismos sentimientos que nos permiten ser mucho más abiertos, mientras ellos fueron como más cerrados. Al fin y al cabo, se evoluciona en todo, pienso yo", dejó caer Almudena la duda final tras sus palabras.

Ricardo, se quedó pensando en esas palabras de su compañera, porque no acaba de ver que los sentimientos de las personas fueran cambiando a lo largo de su recorrido por la Historia. Había leído "Romeo y Julieta", escrita hace bastante más de 400 años por Shakespeare, y él no veía diferencias en sus personajes en cuanto a la pasión que sentían el uno por el otro. Era, sólo..., otra época, otras costumbres, y otras limitaciones en cuanto a poder manifestarla tal cual la sentían.

"No estoy seguro, Almudena, aunque por lo que yo he analizado sobre las personas, sobre cómo somos..., pienso que seguimos siendo los mismos. No creo que hace mil años, las cosas que nos motivaban y ayudaban a sobrevivir, fueran muy distintas. Es verdad que las personas sabían muy poco del mundo que les rodeaba y tenían que crear mitos para explicarse lo que no podían comprender. En eso, sí que hemos

avanzado, y mucho.

Y también creo que entonces los jóvenes se enamorarían de verdad como habrá pasado toda la vida, aunque luego fueran los padres los que elegían a la persona con la que convenía que se casaran. Todo era muy distinto en aquellas épocas. Y en los pueblos actuales que se han quedado anclados en parecidas costumbres, siguen renegando del enamoramiento porque hay que atender a vínculos tribales, a buscar equilibrios en lo que cada uno de la pareja va a aportar al matrimonio para darle estabilidad y sobrevivir. Sobrevivir en aquéllas sociedades, y en las que son parecidas actualmente, debía de ser muchísimo más importante que dejarse llevar por el corazón. Si coincidía todo..., mejor, claro. Hasta los reyes, con todo su poder, se casaban pensando en lo conveniente para sus respectivas casas reales, para sus reinos, aumentando con esos enlaces de conveniencia, su fuerza y capacidad de supervivencia frente a otros reinos o imperios".

"¿Los animales se enamoran...?", preguntó Almudena, admirada por la reflexión que acababa de hacer Ricardo.

"No. Mis amigos, nunca se enamoran. Si pueden, se aparean, claro. Y dicen que ese fin, justifica todos los medios. Ándate con cuidado con ellos", dijo Ricardo con un amplia sonrisa, orgulloso de su ocurrencia ante ella.

"¿Y contigo?", preguntó Almudena.

"Conmigo..., ¿qué?", dijo Ricardo, desconcertado.

"Que si contigo deberé también andarme con cuidado", contestó ella poniendo cara de pícara inteligente, lo que la embelleció aún más.

"Conmigo, más, sí: yo soy de los que sí se enamoran. Sobre todo de las chicas que leen a Borges. De ésas, con mayor motivo. Incluso aunque sean guapas como tú", le respondió sin bajar el nivel de la esgrima dialéctica con que la chica le hacía frente.

"Vale, estaré vigilándote por si acaso, sin perder de vista a Borges para no restar puntos, no sea que te distraigas con alguna compañera de tu clase, que aunque no lea libros fantásticos argentinos..., tenga fantásticas..., otras cosas", y terminó con un gruñido como advirtiendo: "A ver qué va a pasar", poniendo acto seguido un mohín celoso que se tornó en sonrisa final.

Y hablando..., hablando, se les pasó el tiempo de caminar juntos porque habían llegado al portal de Almudena.

"Bueno, Almu..., mañana nos vemos de nuevo en el patio. Si quieres, y nos dejan", le dijo Ricardo a modo de despedida. No por falta de ganas..., le hubiera dado un beso en su sonrisa pícara que tanto iba a juego con su mirada.

"No habrá más condición que..., si nos dejan. Mi lectura, casi seguro que estará garantizada, ¿vale?", puntualizó la chica.

"Vale. Chao..., nos vemos". Ricardo quería evitar sonreír para que no le notara Almudena lo contento que estaba, con ese hormigueo que sentía en la boca del estómago como de que algo estaba pasando entre ellos dos. Un algo que tenía pinta de volverse importante no tardando mucho. Hacía apenas un minuto que la había dejado, y ya sentía ganas de volverse a encontrar con ella en las escalinatas del colegio para verla, para charlar, para que le explicara el último ser fantástico que Borges le acaba de describir..., "yo qué sé...", se dijo para concentrarse en su camino a casa.

La noche, se le hizo muy larga a Ricardo, y el cabrón del despertador que siempre tocaba a las 7,30 con una puntualidad británica, esa mañana, estaba perezoso y desde que miró el reloj a las 7, aún tardó... ¡media hora más! en avisarle como que ya podía levantarse e ir al colegio para ver a su amiga. De paso, podría asistir también a las clases.

La Historia..., las Matemáticas..., pasaron muy lentas por delante del reloj que los profesores tienen a su espalda mientras explican las materias, y el timbre del recreo parecía que se hubiera estropeado esa mañana, mientras la Revolución Francesa se dedicaba a cortar cabezas y las matemáticas aplicadas a los fenómenos aleatorios volaban por la clase, desordenadas. Ricardo, ajeno a guillotinas y estadísticas, sólo pensaba en Almudena, en la escalinata, y en Borges..., como en un todo inalcanzable si al timbre no le daba la gana de sonar. El tiempo le parecía hecho de un caramelo fundido, muy pastoso.

Pero..., todo llega en esta vida, y el timbre, todo alborotado de metales, sonó con su habitual brío. Y los compañeros de Ricardo comenzaron a salir, como si no tuvieran la prisa que él sentía.

Una vez fuera, el chico echó un vistazo a la escalinata que aún estaba vacía porque todavía los alumnos estaban saliendo de sus aulas. Miró la puerta que daba al patio, e iba comprobando una por una, a todas las compañeras de melena lacia que iban saliendo. Y ahí estaba ella, Almudena, caminado despacio y hablando con otras dos compañeras de no se sabe qué. Igual, hasta de él, porque las tres lo miraron, y contuvieron las risas que parecían reventar dentro de sus bocas. Almudena, le miró al pasar..., y sólo le dijo un bajito: "hola...", y siguió su

camino con las amigas.

"¿"Hola"... , sólo... "hola"...: pero qué le pasa a esta chica, si habíamos quedado para hoy en las escaleras?", se preguntó Ricardo al ver que ella parecía rehuirle y que se había olvidado de la prometida lectura en las escalinatas. Así que, tras dudarlo unos instantes, fue tras la chicas y tocó a Almudena en el hombro, por lo que ésta se detuvo girando la cabeza.

"Hola, Ricardo..., ¿qué ocurre?", preguntó ella.

"¿Que qué ocurre...? N...nada, sólo que pensaba que habíamos quedado en que te sentarías también hoy a leer y que nos veríamos ahí. Creo que dijiste que así sería", le dijo él.

"Te dije que "casi seguro", pero hoy no va a poder ser, no tengo ganas de leer y prefiero estar con mis amigas, que tenemos que hablar. Mañana, quizás", contestó la chica.

"¿Y esta tarde, al salir de clase..., ¿te puedo acompañar, como ayer?"

"¿Esta tarde...? Ah..., sí, sí, por mí, sí. Quedamos como ayer y hablamos un rato, ¿vale?", aceptó Almudena en un tono que parecía indiferente a la cita ésa. "Hasta la tarde, entonces. Chao", y lo dejó ahí sin más explicaciones. Dieron algunos pasos las tres, y otra carcajada a medio reprimir, les salió de repente. Ricardo, no entendía el cambio de ella, ni el motivo cómplice de sus risas, como si él fuera de quien se reían. "¿Les habría contado algo de lo que habían ido hablando ayer, por el camino?", pensó.

De nuevo en clase, sumido en sus dudas de si lo de ayer habría significado algo para Almudena, o de si él se había hecho una idea equivocada de la situación con ella y que, por eso, se rieran las tres. Ahora, Ricardo, sentía la inseguridad de pensar en reencontrarse con ella y que volviese a hacer el ridículo por..., por no sabía bien qué cosas. Ahora que ya no sentía prisa por salir, el reloj volaba, y la Física..., la Química..., que tanto se le atascaban, parecía que el maestro les hubiera puesto un lubricante que les hiciera deslizarse hacia la hora de salida como por un tobogán muy cuesta abajo e imparable.

"Hola, Almudena", le dijo Ricardo cuando se encontraron en la puerta de salida, quien estaba sola allí, sin las amigas de por la mañana.

"¡Ay..., hola, Ricardo!", y lo recibió con una sonrisa de quien se alegra por encontrar algo que pensaba perdido.

"¿Estás bien..., quiero decir..., ¿conmigo?", preguntó inseguro el chico. "Es que como esta mañana apenas me has saludado y parecía como que

las tres os rieseis de mí..."

"No, qué va, sí que estoy bien contigo, sí. Solo fue... que antes de entrar al colegio les he contado a mis amigas que ayer me acompañaste hasta mi casa, y como son tan gamberras, han empezado a decirme que si ya éramos novios, que qué suerte que tenía yo porque eres un chico muy guapo, que si eras un poco raro..., bueno, no... raro, distinto. Y que les tenía que seguir contando qué había pasado por el camino contigo. Por eso no he podido quedarme a leer, ni te he podido hacer caso. Ellas, sí que son cotillas. Espero que no lo vayan contando ya por el colegio: me han prometido que no. Eso sí, con la condición que les tengo que contar todo lo que pase a partir de ahora.

Ya perdonarás que se les haya contado, igual no debería haberlo hecho, pero como estaba tan contenta... Y sólo se lo iba a decir a una con la que más confianza tengo, pero enseguida a llamado a la otra, porque es muy amiga suya. Y ya, pues me han chantajeado, en broma, claro, como que si no les contaba todo de pé, a pá, que saldría publicado en el periódico de la escuela", se excusó Almudena.

Al escuchar la explicación y comprobar que no pasaba nada, Ricardo, tomó aire, y sonrió sin ocultarlo. Y sin tampoco poder reprimirse, le salió coger por el hombro a la joven, apretarla contra sí y darle un beso en la cabeza para liberarse con ese acto pueril, de los nervios que había pasado en la clase tras ese recreo en el que parecía que se le hubiera hundido el mundo. Pero no, el mundo, estaba entero porque ella deseaba que lo estuviera. Eso era lo importante: que ella también lo deseaba.

"¿Y por qué estabas tan contenta, que no has podido evitar el tener que contárselo a tus amigas?", le preguntó Ricardo, sonriendo.

"Tú..., ¿no estás contento, también?", repreguntó la chica para evitar responder.

"Pues sí..., mucho. Pero he estado muy preocupado en clase pensando en que ya no... quisieras que te acompañara nunca más hasta tu casa. Las chicas sois... más impredecibles, nunca sabes lo que te espera con ninguna. O eso dice Jorge, que es el que más sabe de mujeres, de tías..., como dicen todos. Yo..., no puedo decir que sepa mucho. Más bien, nada, y por lo que leo en los libros", dijo Ricardo como disculpándose por ello.

"¿Tú, también nos dices, "tías"?"

"No, no..., no me parece muy respetuosa esa forma de referirse a vosotras, como si fueseis un ganado del que haya que aprovecharse. Para mí, sois, "chicas". "Mujeres"..., no. "Mujeres" son..., nuestras madres, cuando ya parece que sólo estén más que para renegarnos por algo, aunque también sean muy cariñosas. Mi madre lo es mucho conmigo si no

se altera como cuando tengo el cuarto "hecho una leonera", que me dice. Y entonces se pone a darme besos sin venir a cuento como si fuera un crío", acabó él, cuando ya estaban caminando por entre las dos filas de álamos que volvían a mostrarles todas las promesas ya cicatrizadas, de amor o de fechas sin aparente significado, con las que habían sido torturados.

"¿Así que tus amigos nos ven como a un ganado del que haya que aprovecharse, eh...? Y supongo que a ti, el que quieran aprovecharse de nosotras..., no te parece bien, ¿no?", y Almudena le miró a los ojos para ver qué respondía.

"No, no..., claro, no. Y menos, cuando emplean mentiras para eso como que están enamorados de ellas..., que eres la que más me gustas de la clase..., que eres la más guapa..., que dame un beso para sellar nuestro amor..., y cosas así. No, no está bien eso. Pero..., les suele funcionar y, luego, hasta lo van contando para ponerse medallas de ligones. Hay incluso como un listado que va de boca en boca, de quienes de la clase son las chicas con las que son más fáciles de entrar y conseguir lo que buscan", y Ricardo usaba un tono de disculpa porque él no era así, que le quedara claro.

Ahora, Almudena, le miraba a los ojos como no dando crédito de que Ricardo pudiera ser así, alguien tan distinto a la mayoría, algo ingenuo, que hasta pecara un poco de buena gente. Eso... les solía pasar a los gordos, a los que no eran guapos, o a los tímidos. Pero él no encajaba en ninguno de los dos grupos tan diferenciados que había: los normales, con ganas de ligar y que venderían su alma al diablo por un revolcón con una compañera, y los que no tenían opciones, ni tendrían más opciones que otras chicas como ellos.

Pero Ricardo, era de otra pasta. Era guapo, era inteligente, era noble, y era sensible. Y un joven con inquietudes. Vamos, lo que los romanos hubieran llamado una "rara avis". Menos mal que tenía a su amigo Jorge para llevarlo por el mal camino para que no llegara a echarse a perder del todo, pensaba Almudena sonriendo por dentro.

"Mira, Ricardo..., es verdad que tus amigos esos, sí que son bastante así como tú dices, y quieren aprovecharse de nosotras sin importarles que eso se les note, o no. Bueno, yo creo que más bien sí, que quieren que se les note que van a saco. Supongo que no lo pueden evitar. Pero lo de que sean ellos los que se aprovechan de las tías..., no sé, no es del todo muy real. Nosotras también tenemos nuestras armas para aprovecharnos de vosotros, aunque es verdad que vuestras urgencias son más evidentes. En nosotras, las nuestras, las sabemos repartir mejor porque cuando no estamos tan sujetas a ellas como vosotros, pues podemos hacernos de rogar y que tengáis que decirnos con destreza, todas esas palabras halagadoras que es el precio para abrirnos a vosotros. Fingimos que nos

creemos todas las cosas que nos decís para obtener lo que nosotras también queremos de vosotros, pero sin sentir remordimientos, ni pensar que somos unas pavas por deciros que sí, a la primera. Claro que hay alguna que cae en su propia trampa, se enamora, y sufre por ello. Pero a vosotros, también os ocurre y pasáis, de cazadores..., a cazados. ¿O, no?". Estaba claro: Almudena era sabia, pensó Ricardo al oír sus explicaciones.

"No sé, seguro que tienes razón y que yo estoy a mitad de camino entre los jetas de mi clase, y los..., tímidos. No sé ser de otra manera. Supongo que me perderé oportunidades por ser como soy. Si a las tigresas no les gusta porque no les doy la talla que quieren..., mala suerte para mí. O para ellas. Bueno, para ellas..., no creo: tampoco se pierden mucho, supongo.

Si te digo la verdad, que es lo que suelo decir porque miento fatal, en estos momentos sólo me importa..., si yo podría ser de los de tu talla, sin tener que poner cara de duro, de que no quiero a ninguna porque sólo me quiera a mí mismo, ni que vaya perdonando la vida a los demás, que parece que es lo que mole a las chicas entre las que no te incluyo a ti, y por eso estoy intentando, importarte. Tú eres diferente y, eso, lo de no pertenecer a ningún rebaño de los del patio del recreo, ya me parece un valor importante. Me gustan las chicas que tienen sus propios criterios sin buscar refugio en el grupo, aunque nadar a contracorrientes tenga sus inconvenientes porque puedes quedarte en una tierra de nadie, como un precio a pagar por ser independiente, o diferente, o raro, como yo me siento a veces.

Entonces..., la pregunta que yo quería hacerte es..., ¿te apetece ser diferente..., pero conmigo al lado? No sé si eso tiene ventajas. O si yo tengo alguna ventaja. Tampoco es aislarnos de los demás sino elegir cuándo debemos estar con todos ellos en la pista de baile, y cuándo eso mismo lo hagamos solos, tú y yo, en pareja", y Ricardo arqueó las cejas para enfatizar la pregunta y sus aclaraciones posteriores, como un todo propuesto en serio y del que esperaba su respuesta.

"¿Me estás proponiendo que seamos..., no... novios?", dudó Almudena.

"Si novios para ti significa que te pido una relación duradera en el tiempo, aunque no sepa hasta cuándo pero sin fecha de caducidad prevista y con ganas de que no se acabe..., pues sí, eso te estoy proponiendo. ¿Es algo malo?", contestó Ricardo, quien no tenía miedo a los compromisos cuando estaba seguro de lo que elegía.

"No..., no, no es nada malo, qué va, me gusta mucho tu proposición, claro, yo también hace tiempo que siento por ti ese mismo deseo de una relación fuera de la ruleta bastante alocada de nuestros compañeros de colegio. No sé cómo es una relación así, pero es la que yo también

quiero".

Almudena, miró a un lado y otro del camino, y aunque no estaba vacío, nadie se fijaba en ellos. Así que acercó su cara a la de Ricardo, y unió sus labios a los de él, quien se dejó besar, sorprendido. Ella siguió hasta que el chico, salido de su asombro inicial, la besó a su vez.

¿Cuánto duró esa escena? Ninguno de los dos lo supieron porque no fueron conscientes ni del tiempo, ni de la realidad que les rodeaba, que sólo la notaban como el abrazo mutuo que los tenía unidos.

Cuando se separaron, Ricardo le levantó la cara empujando su barbilla hacia arriba, y vio que tenía los ojos brillantes, a punto de soltar dos lágrimas que él entendió de emoción.

"Estás bien, Almudena...?", le preguntó, para asegurarse.

"Estoy feliz, perdona. Eres el único chico del colegio que siempre me habías llamado la atención..., y ahora estamos aquí los dos, acabamos de besarnos, de estar abrazados, y con un compromiso por parte de los dos, de que dure mucho. Y me he emocionado..., qué tonta", sonrió como medio avergonzada por algo tan nuevo para ella.

Ricardo, al oírla, le dio otro abrazo muy fuerte juntando sus caras porque algo muy parecido le estaba pasando con ella, desde hacía mucho.

"Ven", le dijo a la chica, cogiéndola por la mano.

"¿Qué pasa, a dónde me llevas?", preguntó ella, sorprendida porque la llevaba hacia algún lugar.

"No, a este árbol nada más. Es... para sellar nuestro... amor". De repente, aquella palabra que siempre le había parecido algo cursi aunque el sentimiento fuera ése, usaras la palabra que usaras al nombrarlo..., le salió sin pararse a elegirla.

Estaban junto a un álamo enorme, dentro de la hilera de los enormes álamos que bordeaban el paseo aquél. Su piel clara, casi metálica, reflejaba la luz dorada del atardecer, salpicada por las mismas cicatrices que el día anterior habían estado observando, de nombres, de fechas, de corazones, o de dibujos obscenos. El álamo aquél era como un notario al que hubieran estado obligando a través de los años, a llevar tatuados a punta de navaja, el registro de amores nuevos, eternos, de fechas a recordar..., o de las ocurrencias gamberras de algún adolescente.

Ricardo sacó una pequeña navaja del bolsillo, la abrió y la acercó a la

parte de la corteza reservada para ellos dos.

"¿Qué vas a hacer?", preguntó Almudena.

"Pues grabar el contrato que acabamos de aceptar", y diciendo esto, el joven clavó la punta de la navaja en la piel del árbol, aún sin hollar. El álamo se estremeció en ese instante y comenzó a moverse como agitado por un viento que sólo a él le afectara. El resto de álamos del camino, permanecían impasibles porque esa nueva historia de amor, no iba con ellos.

"Pobre...", dijo ella, cuando la hoja hendida por Ricardo se deslizó abriendo aquella piel de madera que parecía insensible, para ir dibujando otro corazón más, similar a los que otros habían dibujado antes.

"¿Pobre...?: si sólo es un árbol", dijo el joven enamorado mientras continuaba el trazado de la flecha que atravesaba el corazón, como era otro de los simbolismos obligados. A medida que los surcos completaban el dibujo, el álamo parecía agitarse más en su parte alta, ante la indiferencia de sus congéneres que seguían inmóviles mirando hacia otro lado.

Acabado el dibujo, siguió la inscripción de "**RICARDO Y ALMUDENA**". Y, tras ella, la fecha: "**6-3-2020**".

"¿Te gusta así, Almu?", preguntó orgulloso Ricardo.

La chica, pasó los dedos sobre aquellas heridas abiertas que significaban lo que sólo ellos dos sabían, y notó como un líquido viscoso y blanquecino brotaba de ellas, sintiendo una humedad de lágrima.

"Sí, te ha quedado muy bien..., pero me hace duelo el árbol, parece que lllore o que sangre..., a su modo. Supongo que el álamo entenderá que no tenemos nada contra él", acabó Almudena con un sonrisa triste.

"Claro, mujer..., está ya acostumbrado. Se recuperará también de nuestro corazón, ya lo verás. ¿No ves a todos los demás en él tatuados, y cómo ha sobrevivido?". Ahora, al verla tan sensible ante aquél acto intrascendente, la abrazó con ternura y, ella, se dejó querer.

El álamo volvió a agitarse en toda su altura sin necesidad de viento, y cuando los dos chicos se fueron alejando camino adelante, recuperó su calma vertical mientras todas sus hojas, al unísono, vibraron soltando un suspiro final. A lo lejos, en el horizonte, el sol se sumergía satisfecho entre las montañas, después de haber calentado el día muy por encima de lo que estaba obligado para esa época del año.

"Hoy..., podría haber sido un gran día", se lamentó el viejo álamo antes de que le venciera el sueño que ya se le estaba apoderando.

F I N